

medida en que traza un análisis comparativo de las claves de la ética social en el pensamiento protestante y aquellas propias de la doctrina social de la Iglesia. Sin embargo, el otro de los temas que agrupa el título indicado, reviste un carácter más general o fundante, como es el del estatuto teológico de la doctrina social de la Iglesia.

Más allá de esta observación formal y apuntando ahora al contenido, Carlotti afirma que el carácter teológico de la doctrina social de la Iglesia, aunque ha sido objeto de una clarificación sucesiva, permanece todavía como una tarea que ha de desarrollarse, como una necesidad de repensar los temas de los que se ocupa desde esa perspectiva propiamente teológica, sin que esto suponga una ruptura con el patrimonio tradicional de la disciplina.

Rodrigo Muñoz

Enrique COLOM - Ángel RODRÍGUEZ LUÑO, Ed. esp.: *Elegidos en Cristo para ser santos. Curso de Teología Moral Fundamental*, Ed. Palabra, Madrid 2001, 515 pp., 13 x 22, ISBN 84-8239-494-0. (*Scelti in Cristo per essere santi. Elementi di Teologia Morale Fondamentale*, Apollinare Studi, Roma 1999, 396 pp., 16 x 25, ISBN 88-8333-011-0).

Se trata de un manual de Teología Moral Fundamental en el que los autores se proponen elaborar un estudio teológico de la vida moral cristiana siguiendo el enfoque de la primera persona, que hoy es conocida como ética cristiana de las virtudes. La asunción de este planteamiento viene justificada por dos razones fundamentales: «porque creemos que es la más idónea para entender y para ex-

bién la más idónea para comprender y para exponer científicamente la moral cristiana sobre la base de la Revelación».

Como señala el título de la obra, se parte de la llamada universal a la santidad (vocación cristiana dirigida a todos) para proponer la vida moral como respuesta del hombre a la llamada divina en sus dos aspectos: lucha contra lo que nos aparta de Dios —fundamentalmente, el pecado— y progreso en vida de la gracia, plenitud de la filiación divina.

El estudio de la ley en el contexto de la doctrina de las virtudes resulta acertado. La ley moral natural, captada por la razón práctica, aparece como el instrumento de comunicación de la ley eterna —plan de la Sabiduría divina— en el hombre. También resulta interesante la aportación que se ofrece en el epígrafe que explica la «autonomía gno-seológica en línea de principio de la ley moral natural», así como la afirmación de la existencia de exigencias éticas específicas de la ley nueva o «lex gratiae».

El apartado relativo al estudio de la conciencia moral hace suya la observación de Pinckaers, según la cual «es importante tener en cuenta la inserción de la conciencia en una bien determinada organización del conjunto de la moral, pues su papel y su misma concepción dependen de las relaciones que ella tiene con los otros elementos del sistema». La conciencia es uno de los temas sobre los cuales la posición que toman los autores desde el inicio de este libro tiene mayores repercusiones. La enseñanza de la moral fundamental en el ámbito católico se ha desarrollado en dos líneas o tradiciones que han dado lugar a dos sistematizaciones también diversas: la moral post-tridentina, con la evolución que sigue la tradición de los manuales,

y la tradición de raíz más antigua que ha encontrado en Santo Tomás su mejor expresión sistemática.

Si la moral post-tridentina, que otorga un peso excesivo a la casuística, está de alguna manera condicionada por el voluntarismo de Ockam, en el enfoque tomista, más presente en el libro, la moral aparece fundada sobre las virtudes teologales y morales, perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo. Por lo demás, los autores siguen las aportaciones de G. Abbà en el estudio del papel de la conciencia moral en la ética teológica de las virtudes.

Se trata, por tanto, de una explicación de la moral que busca fundamento sólido en una profunda reflexión antropológica de inspiración cristiana, y que intenta responder a las llamadas de renovación en el seno de la moral católica, haciéndose eco de las observaciones más recientes que aporta la Encíclica *Veritatis Splendor*.

Miquel Masats

Roberto ESPOSITO, *El origen de la política, ¿Hannah Arendt o Simone Weil?*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México 1999, 133 pp., 12 x 20, ISBN 84-493-0666-3.

R. Esposito, profesor en el «Istituto Orientale» de Nápoles, es conocido por sus publicaciones en el ámbito de la filosofía política, algunas de las cuales han sido traducidas al castellano (*Con fines de la política*, 1996).

El libro parte de una paradoja: trata de descubrir y poner de relieve puntos de contacto en la obra de H. Arendt y S. Weil, dos pensadoras judías de este siglo marcadas ambas por el drama de la persecución que, «no sólo no entre-

cruzan sus existencias, sino que además mantienen su pensamiento en órbitas separadas y alejadas». Y sin embargo, en esa distancia el autor aprecia cierta convergencia que estriba, más allá del objeto del que se ocupan —las experiencias vividas por la comunidad humana—, en la radicalidad de tal oposición.

Se trata de un brillante ensayo que, a través del contraste que emerge entre los enfoques y testimonios apasionados de ambas pensadoras, esboza una profunda reflexión sobre la política, que se adentra en las categorías del mundo clásico, griego y romano, así como en la tradición cristiana, los problemas de la condición obrera o el drama de los totalitarismos del siglo XX.

Rodrigo Muñoz

Roger ETCHEGARAY, *Verdadero Dios y verdadero hombre. Ejercicios espirituales predicados al Papa Juan Pablo II y a sus colaboradores en la Curia. Febrero 1997*, Palabra, Madrid 1999, 204 pp., 12 x 19, ISBN 88-8239-356-1.

El trasfondo de las meditaciones en estos Ejercicios Espirituales predicados a Juan Pablo II y sus colaboradores por el Cardenal Etchegaray, es que en torno a Jesucristo giran nuestros pasos de discípulos, a Él contemplamos, con Él oramos.

El tema elegido para esos días de retiro del año 1997 viene fijado por la *Tertio millenio adveniente*, que dedicaba este primer año de preparación al Gran Jubileo del Año 2000 a Jesucristo. Son veintiún capítulos llenos de contenido que es imposible resumir, pero como dice la Carta que Juan Pablo II dirigió a Etchegaray al término de los días de retiro, «su predicación (...) nos ha hecho, a mí y a mis colaboradores de la Curia